PEDRO SERRANO

BOYADA

Como dos bueyes lentos echados a andar por la marisma
hacia el sol mar adentro en madrugada,
con el brillo del agua escurriendo en los lomos,
los enormes cuerpos lentamente avanzando,
ahogados casi en el marasmo de luz laminada
que empieza a extenderse vacía.
Bajada la testuz en el olor del frío,
el hocico avanzando enterrado en las cañas,
adentrándose en la vasta inmensidad
chapaleando el arado, las correas,
haciendo surcos en el agua baja,
arrastrando la doble piedra de sus pezuñas
un lento y pesado splash splash,
bestias de labor coronada,
oyendo sólo el chasquido en los pasos
al enterrarse y avanzar.
En el vaho frío del amanecer
vamos, hermanita, hacia el sol de madrugada
como si bajáramos por una misma calle
hacia el centro de la felicidad que nos contiene.
Siendo eso que somos, enormidades,
patas de palo de la risa y la edad,
grandísimas figuras de lenta parsimonia,
bueyes, como si lo fuéramos,
hermanita, como los que veíamos de pequeños
en Azizintla,
al vaho frío del amanecer.